

A black and white portrait of a woman with long dark hair, wearing a patterned blouse. The portrait is centered and serves as the background for the title text.

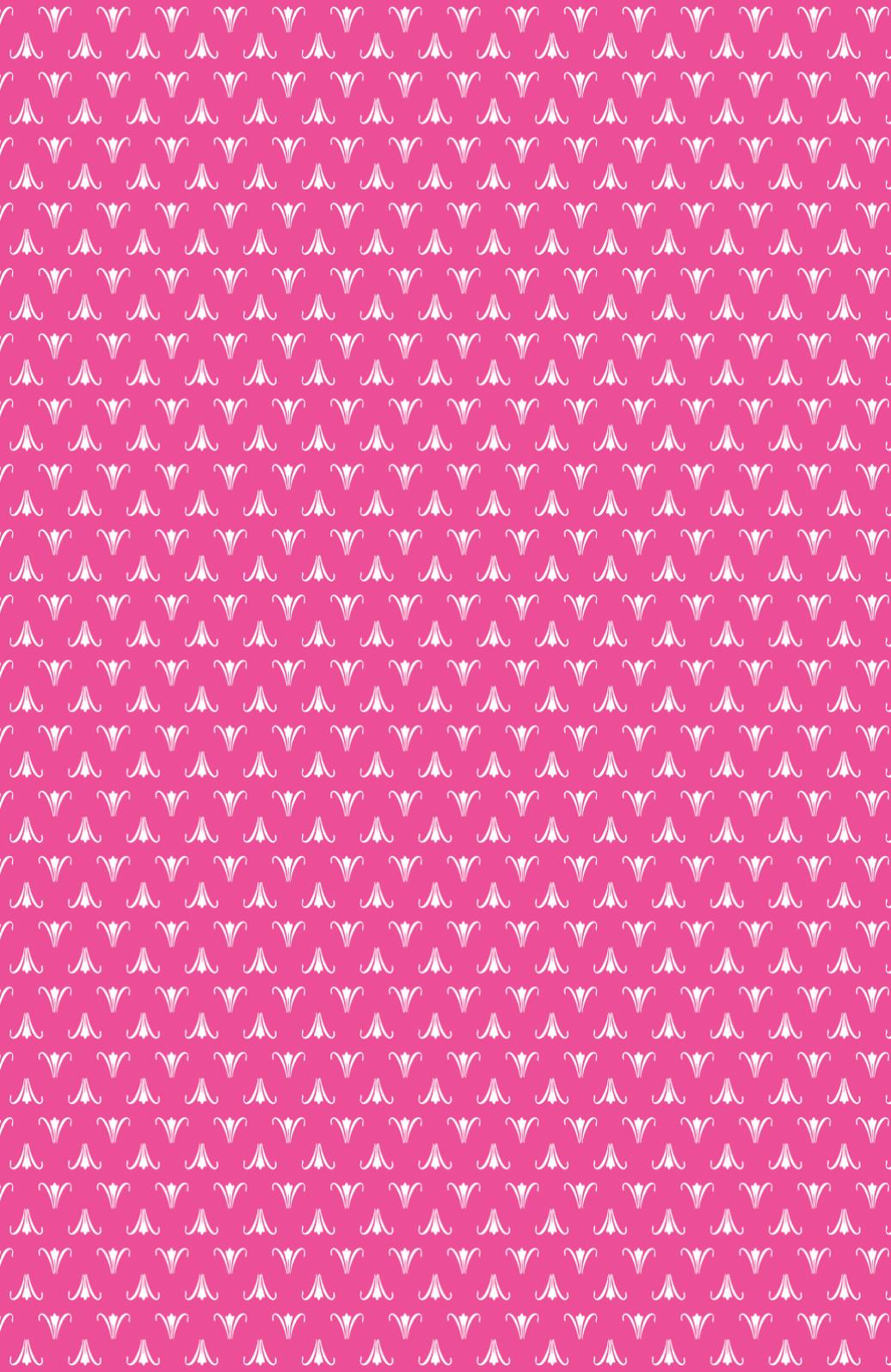
TENGO LOS PIES EN LA CABEZA

Berichá
(Esperanza Aguablanca)

Biblioteca de
Escritoras Colombianas

TESTIMONIO







La cultura
es de todos

Mincultura

TENGO LOS PIES EN LA CABEZA

Berichá
(Esperanza Aguablanca)

Prólogo
Adriana María Campos Umbarila

Editorial Monigote
2022



Tengo los pies en la cabeza

© 1992, del texto: Berichá (Esperanza Aguablanca)

© 2022, de la presente edición: Editorial Monigote

© 2021, de la colección: Ministerio de Cultura

Calle 9 n.º 8-31, Bogotá, D. C., Colombia

www.mincultura.gov.co

Coordinación editorial: Pilar Quintana

Edición: Camila Charry Noriega

Transcripción: David Espinosa

Corrección: Ludwing Cepeda Aparicio

Ilustraciones: Luceli Aguablanca

Comité asesor: Adriana Rosas Consuegra, Adriana Villegas Botero, Alejandra

Jaramillo, Álvaro Castillo Granada, Amalia de Pombo Espeche, Ángela

Inés Robledo, Camila Charry Noriega, Diana Patricia Restrepo Torres,

Felipe González, Gloria Susana Esquivel, Graciela Maglia, Lina Flórez,

Luz Mary Giraldo, Margarita Valencia, María Orlanda Aristizábal,

Paloma Pérez Sastre, Silvia Castrillón, Yijhan Rentería

Diseño de la colección y diagramación: Tragaluz editores S. A. S.

Producción: Editorial Monigote

Foto de portada: 1993, archivo Cafam

Foto pág. 5: ca. 1991, archivo familiar, cortesía de Luceli Aguablanca

Impresión: Litho Copias

Primera edición: Editorial Los Cuatro Elementos, Bogotá, 1992

Segunda edición: Ministerio de Cultura, Bogotá, 2021

Tercera edición: Editorial Monigote, Bogotá, 2022

ISBN 978-958-52751-7-1

ISBN Biblioteca de Escritoras Colombianas 978-958-753-424-5

Impreso en Colombia/*Printed in* Colombia

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Angélica María Mayolo Obregón

Ministra de Cultura

José Ignacio Argote López

Viceministro de Fomento Regional y Patrimonio

Adriana Patricia Padilla Leal

Viceministra de Creatividad y Economía Naranja

Claudia Jineth Álvarez

Secretaria general

Ángela Marcela Beltrán Pinzón

Directora de Artes (e)

Diana Patricia Restrepo Torres

Directora Biblioteca Nacional

María Orlanda Aristizábal

Coordinadora Grupo de Literatura

Vanesa Morales, Ángela Amarillo,
Daniela Mercado, Felipe Martínez,
Cristian Velásquez, Carlos Cómbita
Integrantes Grupo de Literatura

CONTENIDO

Presentación	11
Prólogo.	13
De esta edición.	19

Tengo los pies en la cabeza

Dedicatoria	23
Presentación de la primera edición	25

Así fue como empecé a vivir 31

Lo que he oído de mi mamá y de los viejos 65

Nuestra lengua u'wa 67

El mundo lo construyó Karasa como quien
construye una casa. 69

Bistoá vio que todo estaba oscuro y no podía
existir vida sin luz 72

«La muerte», el Sol tiene la misión de alumbrar
hasta que no haya ninguno de nosotros 75

Cómo apareció el maíz en la región de Aguablanca . 77

Algunos animales eran personas 79

U'wa fue inventando las cosas a medida que
las necesitábamos 85

Cuando u'wa comenzó a organizar las actividades
tal como los dioses les habían enseñado. 87

Los principales términos que se utilizaban
en el momento de estas comunicaciones 92

Preparación para comunicarse directa y espiritualmente con los dioses: Bitá Baukará	93
La Luna organizó nuestro tiempo	101
Hasta que llegamos a donde hoy vivimos...	103
Kama fue enviado para enseñar los ritos, los cantos y las ceremonias	108
Convivimos con los vecinos....	109
Aprendimos a dominar a los enemigos primordiales	110
Sisama	110
Konara	114
Y tuvimos sabios	118
Karasa y su hija	119
Algunas costumbres actuales de mi pueblo	121
Celebraciones religiosas y prácticas sociales	123
El nacimiento.	123
Iniciación de los niños en la cacería.	128
La pubertad de las jóvenes: el ritual de la kókora.	129
Salud y enfermedad.	137
Trabajo y producción	139
Sistemas de pesca.	140
La cacería.	141
Tierra y organización del trabajo	142
Vida social de la familia	151
Y hoy, aunque me falten los pies, no me falta la cabeza	155
El territorio y el mundo u'wa dibujados por Luceli	161
Glosario	165

Biblioteca de Escritoras Colombianas

- 1 *Su vida*, Francisca Josefa de Castillo
- 2 *Una holandesa en América*, Soledad Acosta de Samper
- 3 *Déjennos tranquilas*, Sofía Ospina de Navarro
- 4 *Los hijos de ella*, Amira de la Rosa
- 5 *Autobiografía de una uña*, Emilia Pardo Umaña
- 6 *Mi Cristo negro*, Teresa Martínez de Varela
- 7 *Ángela y el diablo*, Elisa Mújica
- 8 *Acá empieza el fuego*, Emilia Ayarza
- 9 *Ninguna voz repetirá la mía*, Meira Delmar
- 10 *El nombre de antes*, Maruja Vieira
- 11 *Mi capitán Fabián Sicachá*, Flor Romero de Nohra
- 12 *La m de las moscas*, Helena Araújo
- 13 *Sail Aboy!!! (¡Vela a la vista!)*, Hazel Robinson Abrahams
- 14 *Dos veces Alicia*, Albalucía Ángel
- 15 *Tengo los pies en la cabeza*, Berichá
- 16 *El oficio de vivir*, María Mercedes Carranza
- 17 *La mujer que sabía demasiado*, Silvia Galvis
- 18 *Mido mi cuarta y me paro en ella*, Amalialú Posso Figueroa

PRESENTACIÓN



Desde los tiempos de la Colonia, cuando se escribieron los primeros textos en lengua española en nuestro territorio, pasando por los albores de nuestra historia republicana y bien entrados en la modernidad, las escritoras han estado relegadas a un lugar marginal dentro de la tradición literaria de Colombia o se las ha excluido del todo por prejuicios que apenas en la historia reciente se han comenzado a derribar.

Como es de esperarse, los procesos de reconocimiento e inclusión de las mujeres en nuestra literatura han aumentado y seguirán haciéndolo en su importancia y complejidad. Colombia es cuna de estupendas escritoras, como bien podrán comprobarlo quienes lean esta Biblioteca de Escritoras Colombianas, conformada por dieciocho títulos de las autoras más relevantes del país desde la Colonia hasta las nacidas en la primera mitad del siglo XX.

Con esta colección, el Ministerio de Cultura busca rescatar y promover el trabajo de nuestras escritoras, en respuesta a las necesidades identificadas en un estudio que supuso el diálogo con un comité de especialistas conformado por escritoras, editoras, académicas, librerías y gestoras de lectura.

Si bien el común denominador de la Biblioteca de Escritoras Colombianas es el enfoque de género, su piedra de toque es la diversidad. Entre las dieciocho escritoras reunidas

en la colección hay mujeres que escribieron sus obras en condiciones y épocas diferentes, atendiendo a temas disímiles en distintos géneros literarios y con perspectivas estéticas y sociales ricas en contrastes. Las hay de la región Andina, de la costa Caribe, del archipiélago de San Andrés y Providencia, del nororiente, del suroccidente, del Pacífico y del Eje Cafetero; hay escritoras mestizas, negras, raizales e indígenas; privilegiadas y excluidas; amas de casa y profesionales; religiosas y laicas, y también en condición de discapacidad.

En el mundo de hoy, donde cada día se hace más obvia la urgencia de reconocer, reivindicar y respetar los derechos de la mujer, resultan fundamentales tareas como esta de rescatar libros de autoras sobresalientes que están descatalogados o que no han tenido el reconocimiento que merecen y ofrecérselos a los lectores en bellas y pulcras ediciones prologadas por especialistas.

Quiero agradecer a quienes hicieron posible esta Biblioteca de Escritoras Colombianas: a las escritoras, por supuesto, y también a las prologuistas, a los equipos de edición, corrección e impresión, así como a los herederos y familiares de las escritoras ya fallecidas, por su generosidad, y al equipo del Ministerio de Cultura. El entusiasmo y el compromiso que todos ellos aportaron a este proyecto auguran un porvenir próspero para las mujeres en la literatura colombiana.

ANGÉLICA MARÍA MAYOLO OBREGÓN
Ministra de Cultura

PRÓLOGO



En 1992, y desde unos años antes, tiene lugar la coyuntura histórica del quinto centenario (1492-1992) de la llegada de Cristóbal Colón al continente que llamaron Nuevo Mundo. El rechazo a la conmemoración de este supuesto «encuentro entre dos culturas» y su denuncia como un gran genocidio social y cultural son claves para la instalación de las demandas históricas de los pueblos indígenas a los Estados como debate nacional, latinoamericano e internacional. En este marco emergen varios movimientos indígenas políticos y sociales en todos los países del continente y es a partir de 1992 que se levanta el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México. Estos son factores determinantes en la consideración de las demandas y derechos de estos pueblos en las nuevas constituciones nacionales de los estados latinoamericanos desde finales de la década de 1980.

En el país, esto se traduce en el reconocimiento de la nación colombiana como multilingüe y pluricultural en la Constitución Política de Colombia en 1991, que no solo activa una política afirmativa de los derechos indígenas, sino que también promueve la creación de instituciones y actividades culturales de difusión y visibilización cultural indígena. Entre ellas, la publicación de obras como *Tengo los pies en la cabeza* (1992), un libro decisivo para la historia de la

literatura indígena colombiana contemporánea, ya que hace parte de la primera generación de escritores indígenas en el país, como señala Miguel Rocha (2010).

Berichá, escritora proveniente del pueblo u'wa, nos presenta su autobiografía conjugada con la memoria de la progresiva construcción de la organización política de las comunidades u'wa,¹ así como algunos relatos de la cosmovisión u'wa y diversos aspectos de la vida social de este pueblo de la mano de su madre, Surabara², una mansená (sabedora tradicional que desempeñaba la función religiosa). La escritora nos propone así un texto híbrido de difícil clasificación. Con *Tengo los pies en la cabeza*, asistimos a un breve recuento de sus 25 años con los misioneros javerianos y las misioneras teresitas, con quienes convivió desde los siete u ocho años, y su posterior camino de retorno a su región de origen, Aguablanca, en 1979, que conllevó el reencuentro con los cantos y la cosmogonía de su pueblo, las luchas de recuperación de tierras y los conflictos con los colonos, misioneros y terratenientes.

La elaboración del libro tardó cinco años, de 1988 a 1992. Aunque la autora aclara que el texto original se remonta a 1981, pero lo quemó en 1985 porque «tenía miedo a las

.....

¹ El pueblo u'wa, cuya traducción es «gente inteligente que sabe hablar», ocupa gran parte de la Sierra Nevada del Cocuy, el pie de monte de la Cordillera Oriental de los Andes y las sabanas planas del departamento de Arauca. Además, está presente en los departamentos de Boyacá, Santander, Norte de Santander y Casanare [...]. El pueblo u'wa posee varios resguardos legalmente constituidos por el gobierno nacional y algunos en proceso de legalización». Véase en el sitio virtual de la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC) la sección dedicada al pueblo u'wa: <https://www.onic.org.co/pueblos/1154-uwa>

² Luis Fernando Restrepo afirma que la primera parte del libro «es más una memoria de su vida que una autobiografía, pues es contada primordialmente a partir de su relación con el pueblo u'wa y con los misioneros, antropólogos, lingüistas, activistas, etcétera».

requisas que hacía el ejército en la escuela». Como Marcela Velasco Jaramillo ha señalado, acertadamente, el texto inicial surge de un interés por recuperar su identidad y conocer a su gente. Así mismo, esta versión final, que ahora tengo la fortuna de presentar, nace con un interés doble: primero, legitimar el valor de la historia y el saber de su pueblo frente a la sociedad nacional, de acuerdo con la tarea que le había encomendado su tío, un uejea, y, segundo, contar con un material de consulta de enseñanza y aprendizaje en apoyo a los procesos educativos en las comunidades. En palabras de la autora:

Me parecía importante documentar esta historia para que la gente nueva de esta época conociera lo que se estaba perdiendo. Yo deseaba que esta historia la pudieran conocer los que no eran u'wa y que niños, profesores y otras comunidades u'wa tuviéramos un material de consulta de enseñanza-aprendizaje. Me pareció que el conocimiento de la historia era una necesidad: las mismas comunidades lo estaban solicitando. Durante el tiempo que viví en Tauretes, un tío mío que es uejea de Aguablanca me había dicho que quería que la gente del gobierno y los curas conocieran cómo había aparecido u'wa y por qué somos distintos a los blancos. (Berichá, 1992, p. 45)

Entonces, más allá del interés autoetnográfico que se le ha atribuido al texto, este tiene un fin pedagógico que se inspira en su labor de la alfabetización de varias comunidades u'wa como profesora del magisterio de educación y en el asesoramiento y alfabetización de los futuros cabildantes durante la organización en cabildos de los grupos u'wa, impulsada por la enfermera Josefina Perdomo.

Berichá enseñó a firmar a los caciques, las futuras autoridades del cabildo, ante la dificultad de que ninguno sabía leer y escribir, y también «les ayudaba a pensar y a hablar; les hacía las cartas, los memoriales, les colaboraba en la organización de los programas con la gente del Incora y de Asuntos indígenas».

A pesar de trazarse estos dos fines, Berichá no pretendía hacer un trabajo exhaustivo sobre la cultura u'wa. La misma Berichá nos aclara: «Pude escribir algo sobre u'wa de Aguablanca», su lugar de origen. La región de Aguablanca está asentada en las estribaciones de la Sierra del Cocuy o Shih'ta. Allí habitan diez grupos de este pueblo. La autora explica que decidió no «escribir toda la historia u'wa [porque] representaba un trabajo muy extenso; aunque todos los grupos u'wa tenían casi la misma cultura, había mucha diferencia de un grupo a otro».

Tengo los pies en la cabeza es ante todo el libro de una sobreviviente, de una mujer indígena y discapacitada. Berichá relata que nació en 1945 en la comunidad de Barrosa, Cubará, en el departamento de Boyacá. Nació sin piernas. En su cultura los niños que nacen con defectos físicos deben ser abandonados o degollados, pero la escritora se salvó de correr la misma suerte porque era la sexta de los hijos y la única que sobrevivió de ellos. Por ello, su padre Drishbára, sabio uejea (médico ancestral) prefirió conservarla y pidió que no le hicieran daño argumentando «que si yo no estaba para vivir moriría pronto, por mí misma, y que si no me moría, les serviría a ellos siquiera para acompañarlos y por lo menos podría comer por mano propia». Su padre murió al año de su nacimiento y cuando iba a morir quiso llevarla consigo, pero su madre Surabara lo impidió pidiéndole que se la dejara como compañera. Además, ya adulta, la autora recibió amenazas de muerte por su trabajo en favor de los u'wa.

Su condición de discapacitada llevó a su madre en la década de los cincuenta a pedirles a los misioneros javerianos y jesuitas que la recibieran en el internado de Santa Librada. En la narración de este trazo de su vida, el lector se encontrará con la transformación de la pequeña niña de siete u ocho años que ingresa al internado y asume el rol de la sumisa «Esperancita», nombre que le dan las misioneras, para luego convertirse en una activista que se opuso a que su pueblo fuera considerado «menor de edad» y colabora en la construcción de la autonomía política de los pueblos indígenas. En palabras de Berichá, se trata de la posibilidad de «tener alas para volar», las alas que le han negado la evangelización y asimilación nacional de los pueblos indígenas a manos de los misioneros y el despojo de tierras.

Esta nueva edición de *Tengo los pies en la cabeza* constituye la visibilización, por parte del Ministerio de Cultura, de esta obra clave para la memoria de las organizaciones indígenas que precedieron al debate del quinto centenario. Esta es una obra híbrida que aflora en un lugar liminal, en medio de procesos de alfabetización, luchas políticas, violencia simbólica y la progresiva unificación del movimiento político y social u'wa. *Tengo los pies en la cabeza* es un libro familiar, construido con el conocimiento cosmogónico y social de la madre de la autora, Surabara, e ilustrado por su hija adoptiva, Luceli.

ADRIANA MARÍA CAMPOS UMBARILA*

.....
* Adriana María Campos Umbarila es Doctora en Literatura de la Universidad de los Andes y profesora e investigadora del Instituto Caro y Cuervo, en Bogotá.

REFERENCIAS

- BERICHÁ. (1992). *Tengo los pies en la cabeza*. Los Cuatro Elementos.
- VELASCO JARAMILLO, M. (2000). "Tengo los pies en la cabeza: autobiografía de una mujer u'wa". En M. M. Jaramillo, B. Osorio & Á. Robledo (Eds.), *Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX* (Vol. III, pp. 107-123). Ministerio de Cultura.
- RESTREPO, L. F. (2007). Tengo los pies en la cabeza, de Berichá, los u'wa y los retos de la cultura del reconocimiento. *Cuadernos de Literatura*, 11 (22), 153-167.
- ROCHA VIVAS, M. (2010). *Palabras mayores, palabras vivas, tradiciones mítico-literarias y escritores indígenas de Colombia*. Fundación Gilberto Alzate Avendaño.

DE ESTA EDICIÓN



En 1985, cuando trabajaba en la escuela de El Chuscal, en Boyacá, Berichá quemó sus notas por temor a que fueran encontradas durante las requisas que hacía el ejército. Tres años después, en 1988, la autora tomó la decisión de reconstruirlas. Terminó la obra en 1992 y fue publicada como *Tengo los pies en la cabeza* por la editorial Los Cuatro Elementos. Esta que el lector tiene en sus manos es la segunda edición.

El trabajo de edición implicó algunos retos. Berichá escribió la obra en español, sin ser esta su lengua materna. Muchas veces no resultaba evidente si la extrañeza en el lenguaje se debía a esta razón o a un lapsus de la primera edición. Fue de mucha utilidad contar con Luceli Aguablanca, la hija adoptiva de Berichá, con quien estuvimos en contacto permanente y nos ayudó a resolver algunas dudas y tomar decisiones. Por indicación de ella, actualizamos la ortografía de las palabras u'wa. Además, ampliamos el glosario de la primera edición.

TENGO
LOS PIES EN
LA CABEZA

DEDICATORIA



Dedico este libro como homenaje de gratitud a mi apreciada madre, Surabara (Judith), que con su inmenso cariño y desvelo me infundió el espíritu humanitario, dándome una educación especial hacia los valores de la cultura u'wa.

También les dedico este libro a todos los uejená³ de las comunidades u'wa y a la memoria de mis antepasados, de mi padre fallecido, Drishbára, a mis abuelos y a los ancianos que con sus sabias enseñanzas y claros ejemplos hicieron historia.

A mis queridos y valiosos amigos el doctor Miguel Vásquez, Clara Mariana Riascos y los doctores Leonel Ramírez y Willinton Quiñones, quienes me dieron la mano en los momentos difíciles.

También agradezco a mis segundos padres, los misioneros javerianos, y a las misioneras teresitas, quienes me brindaron acogida, me hicieron útil en la vida y facilitaron mi desarrollo intelectual a pesar de ser una mujer indígena con limitaciones físicas.

Igualmente extendo mis agradecimientos a María Eugenia Romero Moreno, colaboradora en la revisión de los

.....

³ Los uejená o uejrayá son los hombres que ejercen las funciones religiosas, ritos y ceremonias, y son los orientadores dentro de la comunidad u'wa. (Nota de las editoras).

textos, y de modo muy especial agradezco a la Asociación Cravo Norte, integrada por las empresas Occidental de Colombia, Ecopetrol y Shell, por el apoyo decidido y la confianza que me han brindado para hacer de este proyecto una realidad.

BERICHÁ (ESPERANZA AGUABLANCA)

PRESENTACIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN



«Yo me llamo Berichá, soy una mujer indígena u'wa de la comunidad Barrosa que queda cerca de la misión de San Luis de El Chuscal en la cabecera de Cubará, Boyacá. Mis padres tenían funciones religiosas dentro de la comunidad, desarrollaban ritos y ceremonias. Yo nací sin piernas, sin embargo, tengo los pies en la cabeza porque he podido desarrollar mi inteligencia, eso me ha ayudado a salir adelante, a defenderme en la vida y a ayudar a mi comunidad». (Berichá, Diario personal)

En la presente obra, Berichá nos muestra de manera profunda y agradable la visión propia de una mujer indígena perteneciente a una etnia colombiana; a partir de su experiencia de vida nos relata su encuentro con la cultura occidental y el proceso de los cambios culturales a que están abocadas las comunidades indígenas contemporáneas. Su percepción de la «Conquista» y el papel de liderazgo que ha desempeñado se han sostenido a pesar de las condiciones impuestas por su naturaleza de mujer indígena en el medio en que ha vivido y la marginalidad que conlleva su minusvalía física. Su vida representa un valioso ejemplo de defensa de la dignidad humana y de la lucha por el respeto a la diferencia.

A través de narraciones sobre su vida y la de su gente, Esperanza da a conocer importantes aspectos de la cultura del grupo aguablanca de la comunidad indígena u'wa, una de las más tradicionales y representativas de los descendientes de la familia chibcha, asentada en una región de bosque húmedo tropical en las estribaciones de la Sierra Nevada del Cocuy o Shih'ta.

Los u'wa conservan una rica tradición cultural, estudiada, entre otros, por la reconocida antropóloga inglesa Anne Osborn, quien llegó a comparar la importancia de sus cantos religiosos e históricos con las épicas de la *Iliada* y la *Odisea*.

Por razones históricas de violencia, reducción de las culturas indígenas y ampliación de la frontera agrícola del país mediante la colonización dirigida por el Estado colombiano sobre el territorio u'wa en el presente siglo, entre otras, esta comunidad, compuesta en la actualidad por un número aproximado de tres mil personas, buscó refugio en un santuario de vida silvestre en las montañas de los Andes, cerca de los nacimientos de los grandes ríos del oriente colombiano, siguiendo la estrategia de muchas de las etnias tradicionales sobrevivientes en la región andina que buscaron las estribaciones de las sierras nevadas.

Durante los últimos diez años los u'wa se han organizado con el fin de lograr la defensa, la reunificación y el reconocimiento de la propiedad de su territorio y han luchado por su saneamiento mediante la compra de fincas por parte del Estado a centenares de colonos que ocupaban las tierras intercaladas con las posiciones de los indígenas. Los u'wa decidieron, en contra de los criterios oficiales, destinar las tierras devueltas a la recuperación del bosque húmedo tropical, con el argumento de que cada tipo de suelo tiene unos sistemas de vida propios y que la única garantía de su supervivencia

social y cultural es la conservación y recuperación del bosque. Se opusieron a volverse ganaderos.

Para lograr este objetivo fue imprescindible el papel de líderes como Berichá, que, por su experiencia de vida, inteligencia y comprensión de la importancia de su cultura, así como por su capacidad de servir de puente en la relación entre u'wa y el Estado colombiano, ha sido la voz de su pueblo ante la sociedad mayor.

La tradición cultural u'wa considera que los niños nacidos con graves defectos físicos que les impiden ser productivos deben ser abandonados en el bosque. De manera excepcional esta norma no se cumplió en el caso de Berichá, debido a circunstancias descritas por ella en su propio diario, que reviste la importancia del mito. Sus padres, sabios de las ciencias tradicionales, decidieron dejarla vivir para que les hiciera compañía: su padre, antes de morir, había anunciado el cambio del mundo u'wa.

En la historia u'wa este momento coincidió con un intento de conquista de su pueblo, representado, como en muchas otras regiones, con la llegada de los primeros misioneros al territorio u'wa y con la organización de programas de colonización dirigidos y financiados por el Estado.

Este libro es producto de los aportes de la familia de Berichá, integrada por su madre Judith, una kaká⁴, y por su hija adoptiva, Luceli. En sus vidas se conjugan tres etapas de la historia de los u'wa: kaká, su anciana madre e inseparable compañera, representa la vida antes de la llegada del blanco; ella solo hablaba la lengua materna y conservaba el conocimiento tradicional que ha servido a su hija para su

.....

⁴ Abuela. Mujer que sostiene el mundo. (Nota de las editoras).

formación, la defensa de su cultura y la investigación acerca del grupo aguablanca, pilares fundamentales para la producción de esta obra. Temas tales como «Cuando u'wa conoció la utilidad de los objetos...» y en general toda la sección «Lo que he oído de mi mamá y de los viejos» fueron iluminados por su sabiduría.

Luceli fue adoptada por Berichá recién nacida. Es hija de una mujer u'wa y de un colono; en la actualidad tiene catorce años y estudia en la escuela secundaria del pueblo. Ella recreó el contenido de este libro con hermosas ilustraciones.

Berichá fue educada en la infancia por su familia y a la muerte de su padre fue acogida junto con su madre en la misión. Allí trabajó y recibió la formación típica de una concepción tradicional de la evangelización. Los misioneros iniciaron procesos de aculturación entre los indígenas tales como la colonización, el mestizaje y la imposición de valores culturales y religiosos. La misión evolucionó posteriormente frente a los procesos de cambio cultural y definición de relaciones desiguales, atrasadas e injustas entre los u'wa y los blancos, mediante la incorporación de elementos antropológicos y sociales, y se comprometió con programas de educación, salud y defensa de los intereses indígenas.

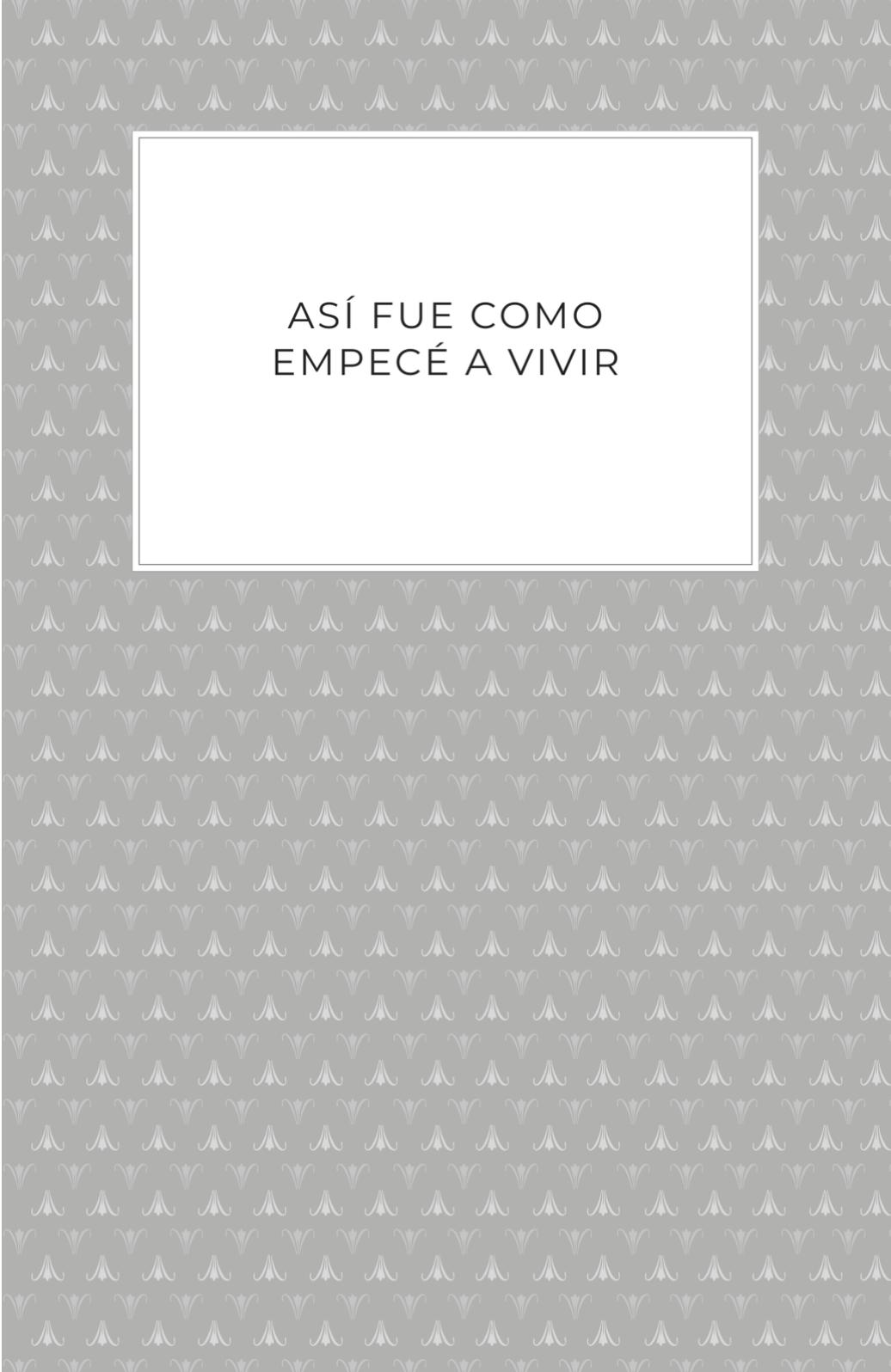
En este contexto, Berichá se profesionalizó como educadora dentro de un programa de etnoeducación y ha trabajado durante quince años como profesora de niños y adultos en la misión y en las comunidades. Su trabajo con los niños garantiza una alianza cultural imprescindible para el desarrollo de su pueblo. Ella continuó su formación con la participación en un equipo de misioneros antropólogos y lingüistas, y participó en la traducción a lengua u'wa del Evangelio según San Marcos y el catecismo del padre Astete; de eso hace ya varios años.

Hemos tenido la fortuna de contar con la amistad de Berichá durante los últimos cinco años y ser testigos del proceso de elaboración de este libro: en él se manifiesta el vigor de la resistencia indígena que cobra especial importancia en 1992. Nuestro encuentro con la autora ha enriquecido intelectual y humanamente nuestras vidas.

En su doble condición de mujer indígena y de persona con la limitación de haber nacido sin piernas, Berichá es un ejemplo vivo de superación y de lucha por el respeto a la diferencia, y simbólicamente representa las limitaciones y los problemas en que se encuentran sumidos los u'wa desde la llegada de los blancos a sus tierras, así como la riqueza de las formas tradicionales de resistencia indígena y de defensa de su supervivencia cultural y social.

Tengo los pies en la cabeza es un trabajo en el cual Berichá hace un análisis maduro y atemperado de su experiencia en la vida y de su tradición cultural, el cual nos permite aproximarnos a una realidad que hace parte de nuestras propias vidas.

MIGUEL A. VÁSQUEZ L.
CLARA MARIANA RIASCOS B.
Bogotá, julio de 1992



ASÍ FUE COMO
EMPECÉ A VIVIR

Mi nombre en lengua es Berichá. Mi padre se llamaba Drishbára y mi mamá se llama Surabara, de apodo Rimchará. Mi padre perteneció a la familia de los más sabios uejená y desempeñó papeles importantes en la vida social y religiosa de la comunidad, lo mismo que mi mamá, quien desempeñó una función religiosa, pues aprendió de sus padres todas las ciencias necesarias para ejercerla.

Mi papá tenía comunicaciones directas con nuestros dioses (rasina); curaba toda clase de enfermedades, aun las más difíciles y tenía poderes para apaciguar a los animales salvajes, los fantasmas y el enfurecimiento de fenómenos naturales como las tempestades, los derrumbes y otros que afectarían la tranquilidad de las comunidades.

Esta herencia la adquirió mi mamá desde muy joven y de sus padres fue aprendiendo toda la ciencia necesaria para defenderse en su vida y ayudar así a las personas que necesitaran de ella.

Yo nací en la antigua Barrosa Baja, fui la sexta de los hijos y soy la única de ellos que vive; todos mis hermanos se murieron de enfermedades y mamá ya estaba aburrida de eso, tanto que un día, cuando se le murió una hija de nueve años, se iba a ir a donde los blancos, para Santa Librada, pero regresó al lugar ante la insistencia y los ruegos de mi padre.

Cuando mamá me esperaba sufrió una enfermedad: se le hinchó el seno derecho y estuvo paralizada del brazo, y a fuerza de rezos y soplos que mi padre le hizo por fin le reventó la hinchazón y fue mejorándose poco a poco, pero quedó incapacitada de ese brazo, pues no le sirve como debiera, ya que puede moverlo poco; le sirve más el izquierdo. Dice mi mamá que su enfermedad se debió a que comió pescado del río Cobaria sin antes haberlo purificado, y que el hecho de que yo hubiera nacido con defecto físico se debe a estos dos factores.

Cuando nací no tuve la misma suerte que corren los niños que nacen con defectos físicos, que es ser abandonados o degollados. Mi padre reconoció que mi defecto fue la consecuencia de los factores ya dichos; además, no me hicieron daño, ya que a ellos no se les criaban los hijos y prefirieron conservarme. Mis padres dijeron que no me hicieron daño, que si yo no estaba para vivir moriría pronto, por mí misma, y que si no me moría, les serviría a ellos siquiera para acompañarlos y por lo menos podría comer por mi propia mano.

Así fue como empecé a vivir; ellos me querían mucho. Mi padre murió estando yo muy pequeña, tal vez tenía un año, y cuando se iba a morir me quería llevar consigo, pero mi madre lo impidió diciéndole que me dejara vivir porque ella me necesitaba como compañera, pues era la única que le quedaba; además le dijo que él tenía mucho quien lo acompañara, que estaban los otros hijos muertos.

Luego nos vimos solas; mi mamá se la pasaba donde sus hermanos, conmigo, un tiempo en cada lugar y otro tiempo en Aguablanca, donde algunos familiares, pero casi siempre la pasábamos solas: mi mamá andaba sola conmigo por el monte, me conversaba y, lo recuerdo muy bien, conversaba

con los dueños de las montañas y de los animales pidiéndoles presas para que cayeran en las trampas y para que no se nos aparecieran tigres ni fantasmas.

A veces andábamos bajo la lluvia, truenos y ventarrones de invierno. Una vez nos tocó pasar solas la quebrada Aguablanca crecida y con fuertes ventarrones. Aparte de nuestros familiares, nadie nos quería; los hermanos de mamá nos proporcionaban la sal, la cacería y la ropa: a mí me daban alguna camisa de ellos y así me vestía. Caminaba en cuatro patas y mamá me llevaba cuando salía a desyerbar; yo tenía un pedazo de cuchillo viejo y con eso le ayudaba.

Poco a poco fui creciendo y empecé a pesarle a mamá, que me cargaba con dificultad cuando nos trasladábamos hasta sitios lejanos; ya era un obstáculo para ella y no hallaba qué hacer, pues ya tenía siete u ocho años.

Accidentalmente en ese tiempo llegaron unos misioneros que hacían el recorrido por las comunidades de Bocota, Cobaria, Tegría y Aguablanca; llegaron a Aguablanca donde el kareka sheraka⁵, se hospedaron allí y le compraron un marrano. Esto llegó a oídos de mi mamá; recuerdo que estábamos en un rancho muy cerca a la quebrada Aguablanca y me dijo que iba a ver a unos blancos que se llamaban padres y hermanas; me dejó sola y se fue con una sobrina.

Cuenta la monja que mamá se acercaba con mucho cuidado escondiéndose detrás de las matas de plátano, como queriendo algo; fue cuando una de las monjas llamó a un intérprete para que hablara con ella, le preguntó qué deseaba y mamá le dijo que quería que recibieran a una hija que era tullida...

.....

⁵ Una de las formas de nombrar al *uejea* (singular de uejená). (Nota de las editoras).

Al instante dijeron que sí: que madrugara para que fuera con ellos, pero mi mamá no había contado con sus hermanos para ir a encontrarse con los misioneros y por eso no la dejaron partir.

Más tarde, el sheraka uejea⁶ de Aguablanca fue a decirnos que monseñor nos estaba esperando en Santa Librada y que si no íbamos nos llevaba a las malas. A mamá le dio miedo de que eso fuera cierto y convidó a un sobrino y nos fuimos para Santa Librada. Allá llegamos a donde un vecino, cerca al internado. Al día siguiente fueron a avisarles a las monjitas que nosotras estábamos allí. Fueron por nosotras y a mí me llevaron atuchada⁷.

Cuando llegamos, lo primero que hicieron fue darnos comida, recuerdo bien que era arroz y un poco de hueso. A mí me sonó raro el nombre de arroz; también nos dieron leche y no me gustó, pues la vomitaba. Después nos llevaron a bañar, nos pusieron ropa y nos llevaron a donde estaban las niñas internas. Nos pusieron a desenredar hilos.

Recuerdo bien que creí que el baño que nos hacían era para purificarnos y poder entrar en una vida nueva entre los blancos. Nosotras creíamos que todas las mujeres blancas eran nuestra segunda madre y los hombres blancos nuestro segundo padre; también pensaba que ellos eran cuerpos gloriosos que no tenían necesidades y no hacían del cuerpo. Ignorábamos muchas cosas.

Mamá me decía que habíamos entrado a vivir una nueva vida. Cuando el cura decía la misa y hacía la bendición con el Santísimo, yo creía que eso se hacía con el fin de poder comer al otro día cualquier alimento; es decir, pensaba

.....
⁶ Otra forma de nombrar al *uejea*. (Nota de las editoras).

⁷ Cargada en la espalda de otro. (Nota de la autora).

que todo lo que hacía el cura era igual a lo que el uejea hacía en el grupo a fin de purificar los alimentos o cuando practicaba cualquier otro rito.

Recuerdo que después me pusieron en la escuela y a mi mamá la mandaron a trabajar al potrero de la finca donde tenían el ganado de la misión; debía trabajar con otras señoras para poder ganar plata.

Entré a la escuela y allí «aprendí» todas las cosas, como los loros que no saben qué dicen, repetía con la maestra las oraciones y la mayor parte de la lectura y las lecciones. Cuando en la clase de religión nos hacían repetir que «nuestros primeros padres fueron Adán y Eva», yo pensaba que se referían al maíz porque en la lengua u'wa *eba* significa *maíz*. Después de las clases las monjitas me ponían a tejer medias para ellas o a hacer escobas con otras niñas u'wa de corta edad. De esta manera pasé algunos años sin más novedades hasta alcanzar el cuarto año de la escuela primaria. En ese año de 1957 yo tenía doce años y elaboré un dechado, en costura, con unos tejidos muy bonitos que fueron del agrado de monseñor.

En 1958 el internado de Santa Librada se trasladó para San Luis de El Chuscal. Salimos todos el 22 de diciembre, hombres, mujeres, niños y monjas; parecía como cuando Moisés sacó a los israelitas de Egipto.

En ese internado me tocó repetir el cuarto año porque no había suficientes profesores. La escuela tenía desde el grado primero hasta el cuarto de primaria, pero las profesoras no eran monjitas sino unas señoritas sobrinas de monseñor García.

Como se estaba comenzando a construir el internado había mucho trabajo y no se dejaba tiempo para que los niños estudiaran. Durante 1960 estudiamos solamente en la mañana, porque los niños y niñas del internado tenían que

trabajar cargando piedra, arena, madera para la construcción o sembrando caña, plátano y pasto en la finca de la misión.

A partir de 1961 y hasta 1963, la pasé tejiendo medias para los curas y las monjas o arreglando la ropa de ellos o la de los obreros y muchachos. Las monjitas me enseñaron a marcar pañuelos y a cortar vestidos.

En 1964, cuando yo tenía diecinueve años, monseñor García me nombró profesora de la escuela de Cobaria. Yo no tenía ningún conocimiento ni experiencia de lo que se enseñaba ni cómo se hacía, solo enseñaba números y vocales. A las alumnas blancas, hijas de colonos, les enseñaba en libros a sumar, restar, dividir y algo de historia sagrada. A las niñas indígenas les enseñaba las vocales y los números. Yo no tenía un reloj para ver las horas; comenzaba las clases cuando llegaban las niñas y salíamos cuando ellas decían que ya era mediodía.

Por ese tiempo la escuela era obligatoria, todos los niños tenían que ir y si no lo hacían, el inspector de policía iba y los obligaba a asistir. Por eso en ese año se reunieron treinta y tres muchachas en esa escuela. Yo solo enseñaba a mujeres de siete a veinte o veinticuatro años. A los muchachos les enseñaba un profesor.

A pesar de ser tan joven, más joven que muchas alumnas, me fue muy bien en Cobaria; las alumnas me quisieron mucho. Cuando ellas bajaban a Cauca me llevaban aguacate, bagala⁸, maíz y plátano. Al principio yo no hablaba mucho: permanecía callada, pues desconocía el dialecto cobaria. Con el tiempo logré aprender un poco, aunque fuese para comunicarme en clase.

.....

⁸ Palabra en español para la *sisuana* o *sísona*, una planta con frutos comestibles. (Nota de las editoras).

Ese mismo año entraron por primera vez al grupo cobarria los misioneros del Instituto Lingüístico de Verano. Pablo Headland y su señora llegaron con el fin de permanecer el tiempo necesario para aprender la lengua cobarria. Más tarde, el Ministerio de Gobierno envió un agrónomo, una mejoradora de hogar y un encargado de Asuntos Indígenas: el doctor Narciso Matus. Todos se hospedaban en la casa del profesor Domingo Buitrago hasta que los cobarria les permitieron construir un rancho dentro de su comunidad.

La presencia de tanta gente extraña a u'wa dio pie para que los indígenas se rebelaran contra el padre Builes y vieran muchas veces a pelear con él. Apoyados por esta gente, que eran funcionarios del Gobierno, muchos de ellos se convirtieron en enemigos de Builes. Los funcionarios no se entendían con el padre, primero que todo por las diferencias de religión y creencias, y segundo porque ellos dividían a los indígenas.

Al ver que estos peleaban con el padre Builes, Celina Tegría, conocida como Erita, lo defendía y alegaba con los indígenas. Yo no me trataba para nada con ninguno, ni con indígenas ni con el padre. Celina me regañaba porque yo no defendía al padre; en cambio los indígenas miraban mi comportamiento con aprobación y llamaban a Celina «la mujer del cura».

Además de enseñar a las niñas, yo le ayudaba al padre a cantar la misa, los salves y los trisagios cuando la misa era en latín.

También tuve mucha relación con los del Instituto Lingüístico de Verano y con los representantes del Gobierno, pero ni al padre Builes ni a Celina les agradaba que me comportara así. Cuando iban a El Chuscal llegaron a comentarme a monseñor que me estaba volviendo evangélica, mientras lo que sucedía era que por las tardes iba a recibir clases de

mecanografía a cambio de hacer costuras a mano porque no había máquina de coser.

Mi sueldo era de trescientos pesos; total que cien pesos era mucho dinero, casi como un millón de pesos hoy. Así pasé el año hasta que llegaron los exámenes finales. Para esta fecha subió el inspector y en su presencia, y en la de su secretario y los funcionarios del Ministerio de Gobierno, se hicieron los exámenes orales, como era costumbre en esa época. Los invitados tomaban nota de las calificaciones: las alumnas que supieran las vocales y escribieran los números hasta cien lograbán la mejor, que era cinco. Cuando finalizaban los exámenes, las actas se le enviaban a monseñor. Al año siguiente no me enviaron de nuevo a Cobaria, sino que me dejaron en El Chuscal. Con los centavos que había ganado y que tenía invertidos en una vaca con un becerro, me compraron en 1965 una máquina de coser; es decir, monseñor me cambió la vaca y el becerro lo vendí. Luego seguí perfeccionando en costura, recibía clases de las monjitas y aprendí a coser y a cortar pantalones y camisas de hombre.

Durante esos años, hasta 1968, fui informante de la monjita María Elena Márquez; a veces le enseñaba la lengua u'wa a las hermanas. En 1970, y después de la muerte de monseñor García, me matriculé para terminar el quinto de primaria, pero solamente estudié tres meses, cuando la hermana María Elena Márquez nos llamó para Medellín con la finalidad de continuar allá su investigación sobre la lengua y las costumbres u'wa. Ella tenía tiempo libre, pues estaba recuperándose de un accidente y quería aprovechar ese momento; me llevó para Medellín, acompañada de mi mamá, y allí estuvimos tres años, hasta que ella publicó un catecismo del padre Astete y el Evangelio de San Marcos en lengua u'wa. Esta publicación aún no la conozco.

Durante mi estadía en Medellín hice un curso de alta costura y sastrería por correspondencia, obsequio de una madrina, en contra de la voluntad de la hermana María Elena Márquez. En ese tiempo existía mucho autoritarismo, no había la libertad que hoy existe y sí mucha dependencia; me estaba vedado hacer cosas por mi cuenta sin antes consultar a las hermanas. Logré así por correspondencia el título de modista profesional y me mandaron el diploma.

Era el año de 1973 cuando regresamos a la misión de El Chuscal. Allí practiqué mis conocimientos y le hice una sotana al padre Builes, por lo cual monseñor Jesús Emilio me felicitó. Mi estadía en Medellín fue muy agradable, las monjitas me quisieron y pude conocer muchas cosas y costumbres de los antioqueños. El ambiente era sano y se podía salir a pasear sin novedad.

En 1974 nos llevaron nuevamente a Bogotá, a un curso de Antropología, no para que yo recibiera clases sino para que sirviera de informante. Solamente me permitieron como asistente, puesto que no tenía sino estudios de primaria. Después de este curso nos quedamos con la hermana María Elena elaborando la gramática de la lengua u'wa con la asesoría del doctor Raúl Monguí, profesor de la Universidad de La Salle.

En 1975 volví nuevamente a El Chuscal, a coser, remendar y enseñar modistería a mis compañeras del internado.

En 1976 asistí a un curso de liderazgo, que estaba destinado a campesinos y al cual asistimos tres u'wa. Me pareció muy interesante, puesto que conocí cosas que no me habían enseñado en el internado, tales como las charlas del padre Helmer sobre relaciones humanas o las charlas del padre Luis Francisco Pinto sobre organización comunitaria y liderazgo.

Durante ese curso yo me sentí «de primera», en ese momento sentía que había algo que yo tenía que cambiar; pensaba, en mi interior, por qué en el internado no se impartían esas enseñanzas, me daba la impresión de que allí nos ocultaban muchas cosas, pero aún no podía explicar el motivo por el cual lo hacían.

Por primera vez en la vida yo podía asistir a un curso en el que se le daba a la persona el derecho de pensar, de expresarse y de tomar decisiones; teníamos el derecho de hablar y de organizar cualquier cosa que quisiéramos. También aprendí que frente a esos derechos hay unos deberes que cumplir y unas responsabilidades para consigo mismo y para con las demás personas. Yo veía en las actitudes de los compañeros una igualdad entre todos.

Entonces comencé a reflexionar: «¿Por qué las monjitas no nos enseñaban esas cosas?»; comencé a «echar cabeza» y se me vino a la mente que las hermanas no querían que nosotros los u'wa aprendiéramos esas cosas, pues no les convenía que «u'wa tuviera alitas para volar».

Por supuesto que al terminar el curso no nos estuvimos quietos: entre los u'wa que habíamos asistido nos propusimos una tarea y fue la siguiente: como todo niño que antes de cumplir los diecisiete años tiene que contar con sus padres para cualquier cosa, nosotros tuvimos que contar con las monjitas y los curitas para que nos dieran permiso y nos colaboraran en lo que nosotros íbamos a hacer. Fue así como con la colaboración del padre Luis Francisco Pinto y de las monjitas organizamos un seminario de concientización para u'wa de las comunidades.

Fijamos el día. Llegaron unos veinte en total, sin incluir a los profesores, que eran unos diez. Al final de este seminario surgió una organización cuya sigla fue OTUN, que quería

decir Organización Tunebo. Con el padre elaboramos los estatutos, inventamos la bandera y el escudo. El padre Luis Ernesto, misionero javeriano, compuso el himno, y el padre Euclides, la música. La bandera era blanca, roja y verde; el blanco significaba la pureza de la raza; el rojo el amor hacia la raza y la cultura y el verde era el color de nuestras montañas. El escudo tenía forma de corazón y adentro había un dibujo de un hombre u'wa apuntando con su flecha al sol y un interrogante que decía: «¿Cuándo llegará el tunebo a mirar con libertad su cielo?».

La letra del himno decía:

Adelante compañeros,
hacia el triunfo vamos ya,
nobles, firmes lograremos
conseguir nuestro ideal.

Del pasado en las sombras oscuras,
en letargo febril secular
como paria vivió nuestra raza
ignorando lo que es la libertad.

Somos todos patriotas hermanos,
somos libres, queremos surgir,
que el Estado y la patria te miren
de que ancianos vencer o morir.

Hoy unidos alzamos la frente
reclamamos justicia, igualdad,
y los nuestros sagrados derechos,
lograremos al fin conquistar.

Según la tradición del pueblo u'wa, los niños que nacen con malformaciones deben morir. Berichá nació sin piernas, pero sus padres, que habían perdido cinco hijos, decidieron criarla. Años después, la niña quedó al cuidado de un internado católico, pues su padre había muerto y su madre no podía sostenerla. Esperanza Aguablanca, como allí la llamaron, brilló por su carisma y lucidez.

En *Tengo los pies en la cabeza*, Berichá nos cuenta cómo fue su infancia entre curas y monjas y cómo luego regresó a la tierra de sus abuelos en la Sierra Nevada del Cocuy, donde retomó costumbres y saberes ancestrales. En defensa de la cultura y el territorio de los pueblos originarios, se convertiría en una de las primeras lideresas indígenas de Colombia.

A lo largo de estas páginas, Berichá también nos lleva a descubrir el universo u'wa: sus mitos; sus rituales en torno al nacimiento, a la siembra y a la caza; el papel de los *uejená* como mediadores entre las personas y los espíritus de la Tierra; y un coherente sistema de pensamiento y conducta en el que la abundancia y la salud dependen de una buena relación con la naturaleza.

